

VIVIR LA EUCHARISTÍA

PUEBLO REUNIDO, NUTRIDO Y ENVAIDO

CARTA PASTORAL

DEL

EXCEMO. Y RVMO. SR. ROBERT N. LYNCH

OBISPO DE ST. PETERSBURG

A

LA IGLESIA DE LA DIÓCESIS DE ST. PETERSBURG

Queridos hermanos y queridas hermanas en Jesús, nuestro Rey y Señor:

A principios de este año una pareja joven me platicó acerca de un acontecimiento que había sido revelador para ambos.

Monseñor, mi esposo y yo deseamos compartir con usted una experiencia que tuvimos el domingo pasado. Tenemos tres niños pequeños; uno de siete años, otro de cinco y el bebé de dieciocho meses. Los dos mayores asisten a la escuela de la parroquia donde mi esposo y yo vamos con regularidad a la misa dominical con los tres.

El domingo después de Navidad, nos despertamos más tarde de lo acostumbrado y estábamos muy extenuados por todas las fiestas. Mi esposo y yo pensamos que el Señor nos comprendería si no fuésemos a misa, por sólo este domingo. Los niños ya se habían levantado y el mayor preguntó a qué hora iríamos a misa. Mi esposo me miró y dijo: “Creo que deberíamos de ir”.

Nos apresuramos a preparar al bebé. Les dimos el desayuno a los otros dos, nos vestimos y salimos. Sabíamos que de ir a nuestra parroquia, llegaríamos con quince minutos de retraso, así que decidimos dirigirnos a otra parroquia cercana donde la misa comenzaría media hora más tarde.

Al momento que entramos nosotros cinco en la iglesia, una ujier nos dio la bienvenida cálidamente demostrando una amabilidad particular para con nuestros hijos. Nos preguntó si nos gustaría llevar a nuestro bebé a la guardería parroquial y así lo hicimos, pues participar en la misa sin nuestro hiperactivo infante sería una experiencia nueva para nosotros. Entramos de nuevo en la iglesia mientras se entonaba el “Gloria”.

Era el domingo de la Sagrada Familia, y el punto focal de la homilía del sacerdote fueron los desafíos que Jesús, María y José enfrentaron frecuentemente. El predicador nos sugirió no idealizar demasiado la escena navideña, sino más bien pensar en las muchas dificultades que tuvieron que afrontar José y María aun ya desde el nacimiento de Jesús: las amenazas de muerte, el desprendimiento que conllevaba su huída a un país extranjero, la separación de la familia y la falta de los seres queridos en el momento del parto, la incertidumbre sobre el futuro, y el hecho de ser extraños en una tierra que siempre se había mostrado inhóspita hacia el extranjero. Mientras el sacerdote predicaba sobre el texto evangélico y las otras lecturas dominicales, mi

esposo me tomó la mano. Y es que, cuanto más escuchábamos acerca de esta fiesta y de las lecturas, más nos íbamos dando cuenta de la similitud de los retos para una familia hoy día. Se nos exige un compromiso, un amor sacrificado y el apoyo mutuo en todos los aspectos de nuestra vida – tal como el amor y compromiso que demostraron María y José. A ambos de nosotros la Sagrada Familia nos pareció más real en ese momento e igualmente nos dimos cuenta de cuánto más teníamos que aprender sobre nuestra fe.

Luego, al ir a comulgar, surgió de repente una conexión entre la palabra que habíamos escuchado, la homilía, y la Eucaristía que compartíamos.

Nos sentimos muy contentos de haber ido a misa ese domingo, pues nos renovó la fe y el espíritu de una manera única. Vamos a continuar participando en la misa de nuestra parroquia, con la esperanza de tal vez poder aportar a nuestra propia comunidad de fe algunas de esas hermosas experiencias que tuvimos en la parroquia vecina.

Hemos querido compartir esta experiencia con usted esperando que pueda animar a más y más parroquias, para que fomenten esas experiencias que mi esposo y yo tuvimos aquel domingo: acogida, gran participación de la asamblea, buena prédica. Durante aquella misa ambos sentimos que nuestro corazón ardía, como dice otro de los evangelios. Jesús vivo estaba realmente presente en la palabra y en la fracción del pan, que compartimos con todos los que allí celebraban.

NUESTRA EXPERIENCIA DOMINICAL

Como pueden imaginarse, me da mucha alegría recibir comentarios como éstos. Cada domingo en cada parroquia de la Diócesis de St. Petersburg se debería proporcionar una experiencia por la cual los fieles, igual que los discípulos en camino hacia Emaús, sientan arder sus corazones y vean a Cristo realmente presente en la palabra, en la Eucaristía y en aquellas personas que se reúnen alrededor de estas mesas de abundancia. La mejor celebración de la Eucaristía es aquélla en que la palabra de Dios se proclama y comparte por medio de lectores debidamente preparados y un predicador diestro. Tal encuentro nos capacita y nos ennoblece para ir a difundir esa palabra y hacer el bien que Jesús hizo mientras estuvo entre nosotros.

Pero nada de esto es posible si no comprendemos el significado tan rico de la Eucaristía, la cual tiene que ser el punto de partida en toda celebración. Una buena celebración de la Eucaristía es más que una buena música, un recinto hermoso, una comunidad que ora y participa, una gran homilía, un ambiente funcional, y el cumplimiento reverente de las rúbricas litúrgicas. Todo eso ayuda. Pero una buena celebración

de la Eucaristía comienza con un profundo deseo interior de convertirnos en uno con Cristo y que, al celebrar con todo el Cuerpo de Cristo, nos dejemos formar y transformar a fin de salir a ser Jesús para el mundo. La participación plena, consciente y activa de los fieles, la cual promulgó el Concilio Vaticano Segundo en su *Constitución sobre la Sagrada Liturgia*, comienza con una conciencia plena y activa de que la Eucaristía es un momento supremo y sublime en nuestra vida.

La Eucaristía es un gran don y a la vez un tesoro que debe compartirse. Con la ayuda de esta carta pastoral y la iniciativa diocesana de los tres próximos años (Vivir La Eucaristía: pueblo reunido, nutrido y enviado), todos los católicos a través de toda la Diócesis de St. Petersburg son invitados a redescubrir este gran don, a abrazarlo y nunca abandonarlo. Oremos juntos para que esta carta, y nuestros tres años de estudio y reflexión, prendan una llama que inflame nuestros corazones en un amor ardiente y con un nuevo entendimiento de la Eucaristía.

EL PROPÓSITO DE ESTA CARTA

Tanto los católicos practicantes como aquellos que se han distanciado de la fe necesitan reflexionar sobre el gran misterio de la Eucaristía que celebra la Iglesia. Puede que algunos digan: “Yo era católico pero no le sacaba ningún provecho a la misa, así que ya no voy más”. O, “dejé la Iglesia católica y ahora voy a otra iglesia donde todos parecen ser más acogidos y acogedores”. Deseo instar a estas personas a que reconsideren lo que han abandonado al separarse de la Eucaristía. A todas las personas de la Diócesis de St. Petersburg se les invita y anima para que reflexionen sobre este gran don y tesoro. Aun para los ya creyentes, nuestro estudio y reflexión puede reavivar un sentido de admiración reverencial y gratitud por el don de la Eucaristía.

Tengo la esperanza de que al reflexionar sobre esta carta pastoral, y hacer el compromiso de orar y estudiar durante los próximos tres años los católicos logren tres cosas: primera, una mejor comprensión y experiencia de la Eucaristía como don; segunda, un deseo de participar más plena, activa y regularmente en una liturgia mejor entendida y apreciada; tercera, una motivación espiritual que los inspire a llevarle al mundo el Cristo que hemos recibido y difundir allí su evangelio.

Hagámosle una invitación a aquellos que han dejado la Iglesia católica para que regresen, y asimismo invitemos a aquellas personas sin ninguna afiliación religiosa para que se unan a nuestra comunidad de fe, oración y amor.

UN ENCUENTRO CON CRISTO

En la misa encontramos al Cristo que sufrió, murió, y resucitó. Nuestra

celebración no es una especie de actuación o representación de la Última Cena, sino un encuentro real y actual con Jesucristo que vivió, murió y resucitó de entre los muertos, y está sentado a la derecha del Padre.

Al final de su vida terrenal, Jesús prometió que se quedaría con nosotros hasta el fin de los tiempos. Él permanece y permanecerá con nosotros de una manera verdadera y substancial hasta que lleguemos a estar definitivamente reunidos con él en la vida eterna. San Pablo anuncia esta realidad en su primera carta a los corintios: “El Señor Jesús, la noche en que iba a ser entregado, tomó pan en sus manos, y pronunciando la acción de gracias, lo partió y dijo: ‘Esto es mi cuerpo, . . . este cáliz es la nueva alianza que se sella con mi sangre’ ”.¹ Estas palabras no son sólo un recuerdo de algo que aconteció unas horas antes de la muerte de Cristo. Los católicos entendemos esto como un mandato para continuar haciendo lo que hizo Cristo. El domingo, el Día del Señor,² es preferentemente *el día* que celebramos y vivimos ese mandato, como respuesta a las palabras del Señor a sus discípulos, “hagan esto en memoria mía”.

La respuesta de la primera comunidad cristiana a este mandato se hace evidente a través de todo el Nuevo Testamento. Hay un ejemplo particularmente conmovedor en el relato de la aparición de Jesús después de su resurrección a los dos discípulos en camino hacia Emaús.³ Tal como les sucedió a ellos, nuestros corazones también arden al escuchar las Escrituras. ¡También nosotros reconocemos a Cristo hoy en la fracción del pan!

Los apóstoles, los discípulos, y toda la Iglesia primitiva dieron por sentado el significado que Cristo le había dado a las palabras que pronunció la noche antes de su muerte. También lo tomaron muy en serio, pues muy pronto las comunidades cristianas de todas partes estaban celebrando esta comida, este sacrificio, que hoy en día llamamos la misa. La Iglesia primitiva entendió que el gran misterio de la Eucaristía era un encuentro con el Cristo vivo. Al comienzo del siglo segundo san Justino, mártir, escribe así:

“No tomamos como pan común ni como bebida ordinaria el pan y el vino eucarístico, sino que así como nuestro salvador Jesucristo, encarnado por virtud del Verbo de Dios, tuvo carne y sangre por nuestra salvación, así se nos ha enseñado que en virtud del alimento sobre el que fue dicha la acción de gracias—y del que se nutren nuestra sangre y nuestra carne al asimilarlo—es el cuerpo y la sangre de aquel Jesús encarnado”.⁴

San Justino enseña lo que los católicos siempre hemos creído firmemente: en la Eucaristía encontramos y recibimos a Jesús mismo. A través de los evangelios y las cartas paulinas encontramos referencias a “la fracción del pan” que apuntan hacia lo que es central en la misa. Los

Hechos de los Apóstoles atestiguan sobre el poder de la Eucaristía en la vida de la Iglesia primitiva y sobre cómo entendía lo que hacía cuando se reunía como comunidad eucarística. “Se mantenían firmes en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en la oración”.⁵

La Eucaristía es “la fuente y la cumbre”⁶ de nuestra vida de fe y de culto a Dios. Durante dos mil años, y como familia de fe, la Iglesia ha celebrado este don. La Eucaristía nos nutre, fortalece y sostiene como alimento en el itinerario de la vida. Jesús nos aseguró que su “carne es verdadera comida y su sangre es verdadera bebida”.⁷

Es ésta una realidad maravillosa – el sacrificio y la entrega de Cristo – que encontramos en la misa. Qué bendición tan grande es ser alimentados y sustentados por la palabra de Dios y la Eucaristía en la misa de cada domingo y de cada día. Qué humildes y reverentes deberíamos sentirnos frente a este gran encargo de Jesús de traer de nuevo al presente este misterio que hemos recibido. Gracias al don de la Eucaristía nunca estamos solos en nuestras dificultades. Cristo es la fuente de nuestra fortaleza, la Eucaristía es la fuente y la cumbre de nuestra vida espiritual.

UNA TEOLOGÍA BREVE DE LA EUCARISTÍA

Como católicos, creemos que en la Eucaristía encontramos verdadera, real y substancialmente a Jesucristo vivo – cuerpo, sangre, alma y divinidad.⁸ En términos teológicos, la presencia de Cristo ha sido expresada por la palabra “transubstanciación”. Esto significa que, a pesar de que las especies de pan y vino permanecen, la esencia se ha convertido en el cuerpo y la sangre de Cristo. El uso de pan y vino en este sacramento verdaderamente significa muchas cosas – sacrificio, ofrenda, “el trabajo del hombre”, “el pan de vida”, la “bebida de salvación”, comida, reconciliación, salvación. Pero el centro de la Eucaristía es Cristo – Cristo a quien recibimos bajo las apariencias del pan y del vino. De esta manera nos hacemos Cristo y, al hacernos Cristo, estamos llamados a ser Cristo para los demás.

A cada celebración de la misa debemos acercarnos con humildad y reverencia. Cristo es el centro de este gran misterio. Con humildad escuchamos su palabra. Con reverencia tomamos pan ordinario y el cáliz del vino – elementos básicos y comunes de nuestro sustento – e invocamos la acción del Espíritu, para que los transforme en el Cristo santo y sagrado. Nos conmueve ver cómo el Señor vivo atrae hacia sí y junta a una diversidad de personas de muchos lugares diferentes y a todos los hace uno. Verdaderamente “la Sagrada Comunión” acontece en este momento y lugar – “comunión” con el Dios que viene a nosotros unido a aquellas personas con quienes celebramos. El Papa Juan Pablo II dijo que “la Iglesia vive de la Eucaristía”.⁹ Por tanto, mis

queridas hermanas y queridos hermanos, la misa es intrínsecamente comunitaria, y a la vez una experiencia personal y profunda de nuestra propia unión con Cristo.

Aunque todos estamos llamados a comprender, abrazar y vivir el misterio de la Eucaristía más perfectamente, le extiendo una invitación de una manera especial a mis hermanos sacerdotes, y les pido que pongan aún más cuidado en la celebración de este sacramento. A ellos les insto a poner todo su empeño en clarificarle a su pueblo aquellas cuestiones que pueden hacer la diferencia entre ir a la misa dominical por obligación y participar gozosamente en la misa dominical como una celebración de una misma fe y un compromiso común. Los sacerdotes y diáconos que predicán la palabra han de prestar aún más atención en prepararse para compartir la palabra de Dios y aplicarla a los desafíos de la vida cotidiana. Todas aquellas personas que tienen una función en la preparación y celebración de la Eucaristía deben examinar el desempeño de su labor en sus respectivos ministerios. Entre esas personas se encuentran las que dan la bienvenida, músicos, proclamadores de la palabra, ministros extraordinarios de la sagrada comunión, servidores del altar y aquellas que llevan el Cristo eucarístico a los enfermos y confinados al hogar.

Todas las personas contribuyen al mejoramiento de la experiencia dominical de la misa. Es mi ferviente deseo que, por medio de esta carta pastoral y del proceso de tres años que ella inicia, todos los católicos comprendan la Eucaristía y participen en ella más plenamente, y así puedan recibir su fruto – el don de Cristo que se entrega por todos en todas las generaciones.

Analícemos ahora aspectos específicos de la misa, esta celebración que nos es tan familiar.

CONVOCATORIA Y RITOS INICIALES

NOS PREPARAMOS PARA LA MISA

Los católicos bien dispuestos comienzan a prepararse para la misa ya desde casa, antes de salir para la iglesia. Si la familia acostumbra ir a misa el domingo, el sábado en la noche pudiera ser el momento oportuno para comenzar la preparación. Las personas deben preguntarse cuáles son los retos, las penas y los gozos que van a presentarle al Señor esta semana. Aunque uno haya evitado el pecado grave, esta preparación debe incluir algunos momentos para considerar nuestros fallos, descuidos y negligencias para con los demás y el Señor. Éstos también pueden ser presentados a la Iglesia acompañados de una súplica para pedir el amor, la misericordia y el favor reconciliador de Dios.

Leer por anticipado las Escrituras que serán proclamadas en la misa dominical es una manera hermosa de prepararse para la celebración.¹⁰ Al familiarizarse por anticipado con la palabra de Dios, uno se dispone mejor para escuchar con más detenimiento la palabra que comparte el sacerdote o diácono.

Uno de los dones que le ofreció el Concilio Vaticano II al pueblo de Dios fue proveer un ciclo de lecturas de tres años.¹¹ Ahora nuestra celebración explora más significativamente la palabra de Dios, desde el libro del Génesis hasta el último libro de la Biblia, llamado el libro de la Revelación. Gracias a la cantidad y diversidad de las Escrituras que se proclaman en la misa, los católicos verdaderamente son formados por la palabra, ya que la palabra es una parte principal de nuestro culto divino semanal.

Los católicos están llamados también a sostener la misión de sus comunidades parroquiales con un diezmo u ofrenda semanal. La corresponsabilidad es nuestra “inversión” en las buenas obras de nuestra parroquia y expresa nuestro compromiso de ayudar en la construcción del Reino de Dios entre nosotros.

Antes de salir de casa para la iglesia, debemos considerar nuestra forma de vestir, pues ésta exterioriza nuestra actitud interior. Cuando visitamos la casa del Señor para celebrar la misa, nuestro vestir debería ser limpio, ordenado, modesto y de buen gusto. Cierta elegancia no estaría fuera de lugar si se llevara para la gloria de Dios y no la nuestra.

Camino a la iglesia deberíamos intentar hacer la transición desde la vida cotidiana frenética hacia la serenidad y la paz de la casa de Dios. Aunque el tráfico y otras circunstancias no cooperen, lo que cuenta es el esfuerzo. Algunas veces nuestro intento se hace más fácil y otras resultará más difícil.

LA COMUNIDAD SE REÚNE

El tiempo que uno pasa en la iglesia antes de comenzar la misa no es momento de ponerse al día sobre los sucesos de amigos y vecinos. Eso puede tener lugar después de la celebración. Antes de la misa, basta un saludo cordial o una sonrisa a las personas sentadas cerca de nosotros. Mucho más importante es utilizar estos momentos especiales para ponerse en la presencia de Dios.¹²

Confío en que esta carta, junto al estudio y la reflexión que se llevarán a efecto después de su publicación, inspiren a todas las parroquias y misiones para convertirse en lugares que den una acogida genuina. Las personas asignadas para dar la bienvenida a los que entran, los ujieres, los músicos, los lectores, los ministros extraordinarios de la sagrada comunión, los servidores del altar, el diácono y el sacerdote contribuyen

todos a ese fin.

UNA OBSERVACIÓN ACERCA DE LA MÚSICA

La música es una parte importante de nuestra celebración eucarística dominical. Muchas parroquias se esfuerzan por proporcionar una música buena, apropiada tanto para la misa como para la asamblea. La música no es la liturgia, sino que le presta un servicio a la liturgia.

Cada liturgia dominical debe constar de alguna música. La música que se escoja deber ser reverente y seleccionarse de entre el creciente repertorio con las composiciones litúrgicas aprobadas. Pero la música litúrgica no ha de ser una actuación de teatro. Los músicos ofrecen sus dones al Señor sin buscar alabanzas, aplausos o fama. El aplauso no debe incitarse durante la celebración de la misa. Al terminar la misa, después del canto de salida o del solo del órgano, sería el momento oportuno para reconocer a aquellas personas que contribuyeron al ministerio musical de la misa con un aplauso u otra forma discreta de agradecimiento. Animo a las parroquias para que en los años venideros dediquen aún más tiempo y esfuerzo al mejoramiento de la música que se toca, canta e interpreta en nuestras iglesias.

COMIENZA LA MISA

Cada celebración eucarística comienza con una procesión acompañada por un canto de entrada. Este canto nos ayuda a unirnos como comunidad que alaba. Juntos hacemos la señal de la cruz, que es símbolo de nuestra fe. Enseguida el sacerdote extiende un saludo ritual y casi inmediatamente después oramos juntos en un acto penitencial que nos recuerda la misericordia y el amor de Dios.¹³ (En muchas iglesias, especialmente durante el tiempo de Pascua de Resurrección, la liturgia comienza con un rito de bendición y aspersion de agua bendita que nos recuerda nuestro bautismo).

El Gloria se proclama los domingos, en las solemnidades y algunas fiestas, preferiblemente en forma de canto comunitario. Enseguida, el sacerdote invita al pueblo a orar juntos (en silencio y en voz alta) “para hacerse conscientes de que están en la presencia de Dios y puedan formular en su espíritu sus deseos”.¹⁴ Esta oración une o “colecta” a los fieles y a la vez expresa el tema de la liturgia. La oración está dirigida a Dios Padre, por Cristo en el Espíritu Santo. Esta súplica ayuda a calmar el espíritu de las personas y a cambiar de dirección, dejando atrás las preocupaciones cotidianas para entrar en una experiencia de Dios por la palabra y el sacramento.

LA LITURGIA DE LA PALABRA

La Liturgia de la Palabra y la Liturgia de la Eucaristía constituyen “un solo acto de culto”.¹⁵ En la palabra de Dios se anuncia la alianza del amor de Dios tal como fue anunciada al pueblo judío –nuestros ancestros en la fe–, a los discípulos y a los miembros de la Iglesia primitiva.¹⁶ En la Eucaristía se celebra esta alianza nueva y eterna.

Todas las acciones de la misa se derivan, de alguna manera, de la palabra de Dios. Un ejemplo excepcional se encuentra en la Plegaria Eucarística durante la narración de la institución (“tomad y comed...tomad y bebed”). Las oraciones propias del sacerdote en la misa, los himnos que cantamos, muchas de las acciones del sacerdote y del pueblo y muchos signos (el agua, el vino, el pan; y hasta pararse, sentarse, y arrodillarse) se derivan, de alguna manera, de las Escrituras, esto es, de la palabra del Señor. Cristo está siempre presente en la proclamación de la palabra – “palabra viva y eficaz”.¹⁷

A diferencia de un partido de fútbol, donde toda la actividad tiene lugar en el terreno, la liturgia de la Eucaristía nos invita a dejar “las gradas” y unirnos a Cristo, al sacerdote, a nuestros hermanos y nuestras hermanas, en “el terreno de juego”. Una Eucaristía dominical bien celebrada incluye la participación plena, consciente y activa, y no simples espectadores pasivos.¹⁸

Cuando se trate de la selección y preparación de aquellas personas que leerán en la misa, las parroquias deben elegir y entrenar solamente a quienes posean una reputación excelente y puedan proclamar la palabra de Dios con sentimiento, claridad, y precisión.¹⁹ Proclamar la palabra de Dios en la misa es un gran privilegio y una gran responsabilidad. Una proclamación hermosa y cuidadosa es un aspecto clave para una buena celebración litúrgica.

Dentro de un período de tiempo, las lecturas de la misa revelan un amplio panorama de la historia de la salvación de la humanidad. La primera lectura es del Antiguo Testamento (con excepción del tiempo de Pascua de Resurrección, durante la cual esta lectura se toma de los Hechos de los Apóstoles), y la segunda refleja la experiencia de los nuevos cristianos tal como se encuentra en los Hechos de los Apóstoles y las cartas de Pablo, Pedro, Santiago, Juan, y el autor de la carta a los hebreos, así como del libro de la Revelación. Estas Escrituras son tan importantes que la Iglesia no permite la substitución de las mismas por otras de fuentes no bíblicas, no importa cuán nobles estas últimas sean o cuán apropiadas parezcan para una ocasión en particular.

La respuesta cantada a la primera lectura es una hermosa transición de los escritos de la época pre-cristiana a los tiempos cristianos. Esta transición la provee ordinariamente uno de los salmos. De alguna manera el salmo nos recuerda la presencia de Dios en nuestra vida, tanto en los momentos buenos como en los difíciles. En conclusión, el salmo responsorial es un himno de esperanza.

La Liturgia de la Palabra llega a su cumbre con la proclamación del Evangelio, anunciado durante todo el año, con excepción del tiempo de Cuaresma, con la palabra “Aleluya”. La asamblea se pone de pie como señal de un respeto singular por el Cristo que ahora nos habla.

Después de escuchar esas palabras de verdad y vida, reconocemos y alabamos a Dios por ellas, y seguidamente nos sentamos para la homilía. Esta última es una parte integral de la liturgia, así como una fuente necesaria de alimento para la vida cristiana. Una prédica buena aplica la palabra escuchada a la vida; nos guía en un trayecto de fe, para pasar de la contemplación de la palabra de Dios a hacerla nuestra, de manera que podamos aplicarla. Una buena homilía comienza con los temas de las Escrituras del día y los relaciona a la vida diaria. Una buena homilía se distingue al escucharla – lo mismo que una mala.

La Liturgia de la Palabra continúa con la respuesta de la asamblea a las Escrituras. Esta afirmación comunitaria toma la forma de Profesión de Fe o Credo y es éste un momento crucial en nuestro empeño de aplicar la palabra escuchada a las situaciones concretas de la vida. La Liturgia de la Palabra concluye con las peticiones de la Plegaria Universal u Oración de los Fieles por el liderazgo de la Iglesia, el mundo, nuestros prójimos y los difuntos (unidos a nosotros por la comunión de los santos). Se dice que las mejores peticiones se componen con la Biblia en una mano y el periódico en la otra. Estas súplicas expresan no sólo confianza en la bondad de Dios, sino también nuestro compromiso de orar por nuestros hermanos y nuestras hermanas que más lo necesitan, y de ofrecerles nuestro cuidado.

LA LITURGIA DE LA EUCARISTÍA

COMENTARIOS INTRODUCTORIOS

Varias veces durante su ministerio público, Jesús manifestó una preocupación por dar de comer y alimentar al pueblo. Con sólo cinco panes y dos peces, alimentó a millares de personas que venían a escuchar su predicación. En la Última Cena también se valió de elementos comunes – pan y vino – no sólo para satisfacer el hambre física de los apóstoles, sino también para alimentarlos con su mismo

Cuerpo y Sangre. Ahora, acompañados de un sinnúmero de generaciones pasadas, tomamos en serio las palabras de Jesús: Por el poder del Espíritu Santo, que actúa por la Plegaria Eucarística de la Iglesia reunida, el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, y así su presencia en la Eucaristía se perpetúa. No es ésta la única transformación que se da en la misa. Aquellas personas que se reúnen también quedan transformadas. En la celebración eucarística, como dice san Agustín, “debemos ser lo que recibimos”.²⁰

LA PREPARACIÓN DE LAS OFRENDAS

La Liturgia de la Eucaristía comienza con la preparación de las ofrendas. Unas personas, representando a la asamblea, traen el pan y el vino en una procesión que anticipa la procesión del pueblo de Dios para ir a comulgar. El punto focal ya no es el “ambón” (el lugar en el presbiterio desde donde se proclama la palabra de Dios) sino el altar. Ya desde una antigua costumbre, éste es también el momento de hacer la colecta. En ocasiones especiales se utiliza en este momento el incienso, para recordarnos “la ofrenda de suave olor a Dios” (Efesios 5:2) –Cristo que se ofrece a sí mismo.

LA PLEGARIA EUCARÍSTICA

Ahora comienza la Plegaria Eucarística. Ésta es una oración de todos, dirigida por el sacerdote. La asamblea participa escuchando devotamente así como con respuestas recitadas o cantadas, y aun hasta con su postura. La Plegaria Eucarística destaca el aspecto comunitario de la liturgia: “Por eso, Padre, *nosotros*, tus siervos, y todo tu pueblo santo...te *ofrecemos*... Te *pedimos* humildemente, Dios todopoderoso que esta ofrenda sea llevada a tu presencia...Al participar aquí de este altar, *seamos* colmados de gracia y bendición”. No se puede enfatizar suficientemente el hecho de que en la misa nuestro culto a Dios se hace como comunidad. La liturgia es realmente “el trabajo del pueblo” dirigido por el sacerdote y hecho posible por el poder del Espíritu Santo. Le pertenece a todos los bautizados, habla al corazón de todos y viene del corazón de todos, así como proclama la fe de todos. Así y todo, no puede haber Eucaristía sin el sacerdocio ministerial. El sacerdote es nuestro padre espiritual, que nos guía en la celebración y actúa en la persona de Cristo.²¹

Después de “la oración antes de la comida”, llamada el Prefacio, las palabras y acciones de la liturgia cobran un mayor misterio y sobre todo un rico significado. Nuestra reunión es una comida. Se nos invita a participar en la acción central de la Última Cena, cuando Jesús “partió el pan”. Nuestra reunión es también sacrificio, pues hace sacramentalmente presente el sacrificio sublime de Jesús en el Calvario cuando derramó su sangre por nosotros, la sangre de la alianza nueva y eterna. Esta oración también nos recuerda que Jesús resucitó de entre

los muertos, está sentado a la derecha del Padre y vendrá de nuevo. La liturgia está enraizada en este “misterio pascual” – la vida, muerte y resurrección de Jesús. Y aunque estos sucesos tuvieron lugar en un momento particular de la historia, nuestra liturgia eucarística los representa, por así decirlo, para que de este modo se renueve y se transforme la Iglesia. Nosotros los seres humanos no podemos comprender del todo lo que sucede en la misa; pero cada vez que nos reunimos para rendir culto a Dios tenemos la oportunidad de experimentar el misterio de una manera nueva.

Cada una de las Plegarias Eucarísticas aprobadas para la liturgia contiene estos elementos esenciales, aunque a veces el orden no sea exactamente el mismo. Durante algunas de las próximas misas dominicales en que participen tal vez les sería provechoso prestar una atención especial a estas plegarias y fijarse en los diversos elementos que la componen.

Por encima de todo, la Plegaria Eucarística es una oración de acción de gracias (la palabra Eucaristía en sí significa acción de gracias). Damos gracias por la vida, muerte y resurrección de Cristo. Le agradecemos a Dios la nueva vida que nos trae esta “alianza nueva y eterna”. Estamos agradecidos porque Dios está presente en su Iglesia y la acompaña, y porque Cristo intercede siempre por ella. Es natural que nuestros corazones rebocen de gratitud al partir el pan y compartir el cáliz. Y es en este misterio y a través del mismo que nuestra vida se transforma.

Al rezar la Plegaria Eucarística, es el Espíritu Santo quien fundamentalmente ora en nosotros y entre nosotros. Nuestra oración sólo es posible por la presencia y el poder del Espíritu en una “epiclesis”.

Finalmente, pero por cierto no menos importante, la Plegaria Eucarística es un memorial. La “Anámnesis”, o memorial en este sentido especial, significa que la comunidad reunida para celebrar la Eucaristía “recuerda” lo que Jesús hizo en la Última Cena, en el Calvario y en su resurrección de entre los muertos; no se trata simplemente de recordar unos acontecimientos del pasado, sino de la actualización de ellos, sacramentalmente presentes aquí y ahora. Proclamamos, “Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!”. Este Cristo, que es todo para nosotros, permanece con nosotros hasta el final de los tiempos – y por toda la eternidad. Jesús nos amó hasta la muerte, literalmente. Ahora está presente en la asamblea reunida para la misa, en la proclamación de la palabra y “sobre todo bajo las especies eucarísticas”.²² Con esta certeza nos preparamos para recibir su Cuerpo y su Sangre, y al así hacerlo la unión de los unos con los otros se vuelve aún más profunda. Esta unión nos obliga a tratar a nuestras hermanas y nuestros hermanos en Cristo igual que trataríamos al mismo Cristo.

El Rito de la comunión comienza con el Padrenuestro. Desde los inicios de la Iglesia, esta oración ha sido utilizada para la reconciliación con el Padre y entre los miembros de la Iglesia. ¿Qué mejor manera de prepararse para participar de este banquete celestial? En la oración que le sigue al Padrenuestro le pedimos a Cristo que no se fije en nuestros pecados sino en nuestra fe, y que nos ayude a vivir en paz y armonía con toda la humanidad. Es en este espíritu que nos ofrecemos unos a otros una señal de paz.

Después de la señal de paz, cantamos el “Cordero de Dios”. El sacerdote parte la hostia, el Cuerpo de Cristo, y distribuye los pedazos entre los vasos especiales llamados ciborios o copones de donde la comunidad va a recibir. El relato evangélico del camino a Emaús es un relato vívido acerca de un episodio durante el cual el Cristo viviente es reconocido en la fracción de este mismo pan. Se comprende perfectamente que se reconozca a Cristo de esta manera, ya que la fracción del pan nos recuerda las veces que Jesús partió el pan, esto es, durante la Última Cena y para alimentar a las multitudes. Nos recuerda también el cuerpo roto de Cristo en la cruz²³ así como nuestros propios cuerpos rotos por las pruebas de la vida y por el peso del pecado, pero sanados por el Señor que viene de nuevo a alimentarnos y sustentarnos.

Los católicos de más edad se acuerdan de cuando se exigía un ayuno eucarístico riguroso antes de recibir la comunión – ningún alimento, ni siquiera agua, desde la medianoche hasta después de recibir la comunión. Este ayuno, actualmente reducido a sólo una hora, subraya la sacralidad de la Eucaristía.

Ahora recibimos la sagrada comunión. Pero, como dice san Agustín, no sólo recibimos a Cristo, sino que además esperamos convertirnos en el Cristo que recibimos.

Si ustedes son el cuerpo y los miembros de Cristo, lo que está sobre la mesa del Señor es el sacramento de lo que ustedes mismos son y lo que reciben es también sacramento de lo que ustedes son. Al responder con un “Amén”, hacen una declaración jurada acerca de quiénes son ustedes. Por tanto, un “Amén” auténtico exige ser miembros del Cuerpo de Cristo.²⁴

Otra vez hay una procesión – esta vez es el pueblo de Dios que se acerca para recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Ordinariamente esta procesión va acompañada de un canto, el cual subraya la realidad de la Eucaristía y su dimensión comunitaria.

Naturalmente que recibir la comunión nos llena de gozo- y ese gozo se expresa con un canto de acción de gracias. Aunque debe haber un tiempo de oración personal después de la comunión, la Iglesia

LAS PARTES DE LA PLEGARIA EUCARÍSTICA SON LAS SIGUIENTES:

Acción de gracias- La oración entera es literalmente una oración de “acción de gracias”. Damos gracias a Dios por la obra de la salvación (a lo cual llamamos “el misterio pascual”).

Aclamación- La asamblea reunida se une en un canto de alabanza y acción de gracias. La aclamación “Santo, Santo, Santo...” nos recuerda que la liturgia terrenal está unida con la celestial.

Epiclesis- Nuestra plegaria, nuestra transformación, nuestra incorporación en este misterio sólo es posible por el poder del Espíritu Santo.

Narración de la Institución y Consagración- Nos acordamos de lo que hizo Cristo antes de morir y cumplimos con el mandamiento que nos dejó.

Anámnesis- La Iglesia declara y recuerda la vida, muerte y resurrección de Jesús. Al hacer esta memoria viva los fieles verdadera y realmente se unen con el Cristo resucitado.

Ofrecimiento- Este sacrificio no es solamente ofrecido al Padre, a través del Hijo, y por el poder del Espíritu Santo, sino que los fieles también se ofrecen. Nos comprometemos a ser más como Cristo. También compartimos su unión con el Padre, a través del Hijo, y por el poder del Espíritu Santo.

Intercesiones- Esta oración nos une con todos los fieles. Oramos por la Iglesia universal y por su pastor universal, el Santo Padre, por su sucesor apostólico local, el obispo, por su clero y todos los fieles, los vivos y aquellos que nos han precedido en la fe.

Doxología Final- La Plegaria concluye con la alabanza ofrecida a la Trinidad – el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo. Nosotros damos nuestro asentimiento con el “Gran Amén”.

sabidamente nos insta también a cantar, y en realidad eso es lo correcto.

25

Cristo está verdaderamente presente bajo las dos especies del pan y el vino. Sin embargo, en la mayoría de las parroquias de la Diócesis de St. Petersburg se han hecho loables esfuerzos para ofrecerles a los fieles el Cuerpo y la preciosísima Sangre de Cristo. Como recientemente dijo el Papa Benedicto, la recepción de la Eucaristía bajo ambas especies es “la forma más completa de participación en la Eucaristía”.²⁶ Por medio de esta carta pastoral le pido de nuevo a todas las parroquias que ofrezcan la Sagrada Comunión bajo ambas especies tanto en las misas diarias como en las celebraciones dominicales. Hacerlo de otra manera no debe ser la norma sino la excepción.

En los Estados Unidos, la postura apropiada para recibir la comunión es de pie. (No se le negará la comunión a ninguna persona que insista en arrodillarse; pero aquellas personas que así lo hagan deben entender que arrodillarse no es lo apropiado, ni es más reverente que permanecer de pie; además, hasta podría ser causa de distracción o peligro para otras personas). Antes de recibir se debe hacer una breve inclinación de cabeza como señal de reverencia. Con nuestro “Amén”, como respuesta a las palabras “el Cuerpo de Cristo” o “la Sangre de Cristo”, declaramos que creemos en la presencia real de Cristo. Al mismo tiempo damos testimonio de nuestra unión en el Cuerpo de Cristo y con él, e igualmente expresa nuestra esperanza de lo que deseamos ser.²⁷

Se dice que la familiaridad genera menosprecio. Es crucial que ninguno de nosotros – obispos, sacerdotes, diáconos, laicos – nos acerquemos a recibir la comunión engañados, esto es, como si fuese una cosa más que hacer en la misa. Hemos de entender con plena conciencia la sacralidad de este momento. Cristo hace de nuestro cuerpo un tabernáculo o sagrario. ¿Qué otro incentivo necesitamos para examinarnos seriamente en cuanto a cómo nos tratamos los unos a los otros? El Cristo que habita en nosotros, también habita en nuestros hermanos y nuestras hermanas.

Teniendo presente el gran misterio que se celebra en cada misa, nadie debe recibir la Sagrada Comunión si está conciente de haber cometido un pecado grave, que no ha sido confesado o perdonado. Aunque la Eucaristía es de por sí conducto del perdón de Dios y decimos verdad al orar con las palabras “Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme”, los católicos que han cometido un pecado grave están obligados a acercarse al sacramento de la Penitencia antes de recibir la Eucaristía. El sacramento de la Penitencia es la manera establecida por Cristo mismo, para que el pecador pueda experimentar el perdón sin medida de Dios y ser reconciliado con la comunidad de fe.

Más sin embargo, es de esperar que la mayor parte del tiempo, la

mayoría de las personas no tengan culpas ni fallas que lleguen al grado de pecado mortal.²⁸

Reflexionar sobre nuestra vida personal- durante el acto penitencial, el saludo de la paz y antes de unirnos a la procesión para recibir la Sagrada Comunión- nos da la oportunidad de ver nuestros errores, y eso nos inspirará a acudir a la misericordia, compasión, indulgencia y perdón de nuestro Dios.

Mas, es importante caer en cuenta de que este breve momento durante el cual recordamos nuestros pecados no substituye la reconciliación sacramental. En estos pocos segundos sencillamente le pedimos perdón a Dios por aquellas faltas de obra y omisión que son de naturaleza pecaminosa, pero no serias o graves. Al pronunciar las palabras “*Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna*” el sacerdote no nos absuelve de los pecados graves.

Una sencilla oración concluye la Liturgia de la Eucaristía. Si se van a hacer anuncios breves, sólo deben hacerse después de esta oración.

RITO DE CONCLUSIÓN

La misa, sin embargo, no ha terminado aún.²⁹ Después de un último saludo, el sacerdote nos bendice con la señal de la cruz. Este signo sacramental nos recuerda que en todas las cosas- desde el principio hasta el final, en la vida y en la muerte - somos de Cristo.

Al final, las palabras “Pueden ir en paz”, nos recuerdan que tenemos que llevar con nosotros al Cristo que hemos recibido. La misión de la Iglesia es la misión de Cristo, y cada uno de nosotros, como miembro de la Iglesia, tiene que hacer propia esa misión de proclamar con nuestra vida la salvación, la misericordia, la justicia y la Buena Nueva.

El Papa Juan Pablo II habló de “la liturgia después de la Liturgia”.³⁰ Quiso decir que todos somos enviados al mundo como evangelizadores- donde trabajamos, vivimos, nos recreamos y aprendemos. Evangelizar implica servir a los necesitados, crear una sociedad más justa, y llegar hasta los pobres y marginados como respuesta a la enseñanza social de la Iglesia. De esta manera lo que sucede en la iglesia durante la Eucaristía llega a formar parte de la vida diaria.³¹

Como dice el Papa Benedicto: En efecto, “no podemos acercarnos a la Mesa eucarística sin dejarnos llevar por ese movimiento de la misión que, partiendo del corazón mismo de Dios, tiende a llegar a todos.”³²

Sé que hay mucho que hacer después de la misa -lugares que visitar, compromisos sociales, obligaciones que atender. Aún así, y siempre y cuando las circunstancias lo permitan, les animo y les pido a quienes puedan, que se queden por unos instantes para dar gracias en silencio – éste es un tiempo muy especial para un encuentro personal con el Señor.

Después de haber orado por nuestras hermanas y nuestros hermanos en la fe y haber escuchado la palabra de Dios; después de “hacer memoria” del sacrificio de Cristo en el Calvario y de su Última Cena, salimos de la iglesia fortificados, refrescados, y renovados, listos para ser Cristo para los demás.

MISA DIARIA Y DEVOCIONES EUCARÍSTICAS

Algunos católicos tienen la dicha de poder ir a misa diaria o por lo menos varias veces entre semana. Esta práctica ejemplar expresa su amor a la Eucaristía. Otros visitan las iglesias o capillas para pasar un tiempo en adoración. También esto es una práctica encomiable. Pasar largos períodos de oración durante la exposición y bendición del Santísimo Sacramento es otra antigua práctica que la diócesis promueve, de acuerdo a las normas de la Iglesia universal.³³

La adoración privada y la exposición del Santísimo Sacramento no están separadas de la celebración Eucarística, sino que son una continuidad de ella. Estas devociones intentan conmover el corazón y la mente para que sea más provechosa la celebración de la misa, la cual sigue siendo el acto principal de culto a Dios.

TRES AÑOS DE ENFOQUE EUCARÍSTICO

La publicación de esta carta pastoral le da el comienzo formal y oficial a un período de tres años de reflexión intensa acerca de la misa. La catequesis sobre la Eucaristía será examinada y fortalecida durante este tiempo, empezando con la instrucción de quienes reciben la primera comunión- así como de sus padres-, y se extenderá a las escuelas primarias y secundarias, además de a los programas de educación religiosa. Voy a poner como requisito que todos los maestros y catequistas, tanto ordenados como laicos, tomen parte en este esfuerzo ininterrumpido a fin de aprender más sobre la Eucaristía y amarla más, de manera que puedan ayudar a otras personas a comprenderla y amarla también.

El punto focal del primer año del programa será el primer pilar de la misa, esto es, la Liturgia de la Palabra. El enfoque del segundo año será el segundo pilar, o sea, la Liturgia de la Eucaristía. Durante el tercer y último año consideraremos lo que significa llevarle al mundo al Cristo que recibimos en la comunión –en otras palabras, el enfoque de este año serán los ministerios de la misericordia y la justicia. Al concluir los tres

años habrá una celebración diocesana especial para dar gracias por una nueva y más profunda comprensión de lo que significa ser un pueblo eucarístico. Quiera Dios que así sea. Les pido a los fieles de esta diócesis que, como preparación para el quincuagésimo aniversario del establecimiento de la Diócesis de St. Petersburg en 2018, concentren toda su atención durante los próximos tres años en Jesucristo, nuestro don más preciado y la piedra angular de nuestra fe católica. Él dijo, “Sígueme”. Oremos y apoyémonos mutuamente en este camino de fe. Lo ideal sería que cada misa fuese una experiencia que cambiara nuestra vida. Nuestro corazón debe arder al celebrar la palabra y encontrarnos con Jesús en la fracción del pan.

Alimentados con la Eucaristía, salgamos al mundo para compartir la Buena Nueva y transformar la faz de la tierra en el nombre de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

St. Petersburg, 25 de noviembre, solemnidad de Cristo Rey del año 2007.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'R. N. Lynch', written in a cursive style.

Excmo. y Rvmo. Sr. Robert N. Lynch
Obispo de St. Petersburg

APLICACIONES PASTORALES

Me anticipo a expresar las siguientes aplicaciones pastorales de la iniciativa de *VIVIR LA EUCARISTÍA*, en nuestra diócesis, sobre todo con relación a la celebración dominical de la Eucaristía.

PREPARACIÓN Y HOSPITALIDAD

- A fin de fortalecer la comunidad y utilizar mejor los recursos de las parroquias, éstas han de revisar el horario de sus misas de fin de semana, para determinar si con menos misas aún se puede servir debidamente a la comunidad.

- “Las acciones litúrgicas no son acciones privadas, sino celebraciones de la Iglesia” (Constitución sobre la Sagrada Liturgia, no. 26); por lo tanto, las parroquias deben ofrecer celebraciones comunitarias que estén disponibles a toda la parroquia, no solamente para grupos o intereses particulares.

- Cada parroquia ha de tener un comité de liturgia cuyos miembros deben recibir algún entrenamiento litúrgico. El propósito del comité de liturgia es preparar la celebración de los domingos y los diferentes tiempos litúrgicos. La liturgia de la Iglesia ya está planificada, pero permite opciones. El comité de liturgia evalúa los aspectos concretos de las celebraciones litúrgicas y de los tiempos del año a fin de identificar las oportunidades que existen para hacerlas más hermosas.

- Todos los ministros litúrgicos han de estar bien entrenados para su ministerio en particular y, cuando se les brinde la oportunidad, deben participar en los talleres diocesanos relacionados con su ministerio. Alguien en la parroquia debe responsabilizarse por el reclutamiento, el entrenamiento y la formación continua de todo ministro litúrgico.

- Los fieles deben esforzarse por venir preparados a la Eucaristía dominical habiendo leído por anticipado las lecturas de ese domingo y reflexionado acerca de los fallos que tuvieron durante la semana. También deben llegar a tiempo para la misa, quedarse hasta el final y vestir con ropa apropiada (por ej. evitar la ropa casual o deportiva).

SOBRE LA CELEBRACIÓN DE LA MISA

- Las parroquias tienen que esforzarse por hacer de sus liturgias de fin de semana una experiencia que alimente espiritualmente a los fieles.

- La música que se escoja debe de tener una relación ya sea con las lecturas del día, el tiempo litúrgico o el enfoque particular de la celebración.

- La música de la comunidad tiene que ser escogida para estimular la participación de los fieles. Se escoge la música según los tres criterios expresados en el documento de los obispos, *La Música en el Culto Católico*, del año 1972; o sea, ha de ser musical, litúrgica y pastoralmente apropiada para el culto católico.
- Los sacerdotes, diáconos, músicos y solistas, y lectores han de estar conscientes de los momentos de silencio y oración en la liturgia; sobre todo durante el acto penitencial, después de la invitación a orar, entre una y otra lectura, después de la homilía y después de la comunión. Éstos son momentos de reflexión, que no han de apresurarse.
- La palabra de Dios se ha de proclamar bien, y la homilía debe ser reflexiva y aplicable a los fieles.
- Cuando la liturgia lo indique, los símbolos y gestos litúrgicos han de ser usados profusamente.
- Es norma en la Diócesis de St. Petersburg ofrecer la comunión bajo las dos especies en todas las celebraciones eucarísticas.
- El pan y el vino usados para la comunión de los fieles deben consagrarse en la misma misa donde están los fieles. Sacar y usar el Sacramento reservado en el sagrario ha de ser una excepción.

LA MISIÓN DE VIVIR NUESTRA FE EUCARÍSTICA

- Es de esperar que todas las parroquias de la Diócesis de St. Petersburg adopten la iniciativa de *VIVIR LA EUCARISTÍA*. Durante este proceso, las parroquias y las escuelas, en cooperación con las oficinas diocesanas apropiadas, identificarán e implementarán los procesos de evangelización que fortalezcan los ministerios sacramentales, catequísticos y de servicio a la comunidad.
- Debido al vínculo inseparable entre la liturgia y el servicio, las parroquias deben hacer lo siguiente:
 - Renovar sus esfuerzos por construir y fortalecer los ministerios actuales de la parroquia, que prestan servicio a los pobres y marginados;
 - Desarrollar ministerios con planes de acción que promuevan y construyan una sociedad justa y misericordiosa.

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

ACOGIDA Y RITOS INICIALES

Dediquen unos momentos de silencio para considerar las siguientes preguntas. Luego, compartan sus ideas.

- Estar bien preparados nos ayuda a experimentar y participar más de lleno en cualquier acontecimiento. ¿Cómo te preparas para la celebración de la misa del domingo?
- ¿Hace algo tu parroquia, antes del comienzo de la misa, para hacerte sentir bienvenido y parte de la comunidad?
- ¿Saludas a las personas que se sientan a tu alrededor, aun a aquellas que no conoces? Si no lo haces, ¿qué te lo impide?
- ¿Cuáles son los elementos, los gestos o las oraciones de los ritos iniciales que te facilitan concentrarte en la misa y participar en esta acción de culto a Dios?
- ¿Qué beneficio tiene el acto penitencial para ayudarte a enfocar en esta acción de culto, y en tu relación con Dios y con los demás? ¿Qué significado tiene el rito de aspersion con agua bendita, que a veces se usa al comienzo de la misa?

LA LITURGIA DE LA PALABRA

Dediquen unos momentos de silencio para considerar las siguientes preguntas. Luego, compartan sus ideas.

- Las lecturas de la misa pueden leerse por anticipado individualmente o en comunidad. ¿Cuáles son algunas de las oportunidades a nuestra disposición para compartir la palabra y cómo podemos invitar a otras personas a participar?
- La Iglesia enseña que, “cuando se leen en la Iglesia las Sagradas Escrituras, es Dios mismo quien habla a su pueblo, y Cristo, presente en su palabra, quien anuncia la Buena Nueva”. (IGMR no. 29). ¿Cómo se venera en tu parroquia la palabra proclamada? ¿Están bien entrenados los lectores, de manera que los fieles puedan escuchar la proclamación de la palabra sin necesidad de seguir las lecturas en los misalitos?
- El silencio es importante durante la Liturgia de la Palabra. ¿Dónde pudiera incorporar tu parroquia momentos de silencio litúrgico durante la Liturgia de la Palabra?
- La homilía es una parte integral de la liturgia, y una fuente donde se exponen los misterios de nuestra fe y los principios de la vida cristiana. ¿Se prepara bien la homilía dominical en tu parroquia, de manera que desarrolle un aspecto de las Escrituras, o del día o tiempo del año eclesial? ¿Cómo podemos ayudar al predicador con su preparación?
- ¿Es la Liturgia de la Palabra conducto de evangelización en tu parroquia? ¿Quedan inspirados los fieles, por la Liturgia de la Palabra, a una alabanza y acción de gracias incondicionales durante la Liturgia de la Eucaristía?

¿Nos lleva a considerar nuestro compromiso bautismal? ¿Tienen la homilía y la oración de los fieles relación con la situación del mundo actual y local?

LA LITURGIA DE LA EUCARISTÍA

Dediquen unos momentos de silencio para considerar las siguientes preguntas. Luego, compartan sus ideas.

- ¿Qué significado tienen la procesión y la presentación de las ofrendas del pan y el vino (y a veces la colecta) durante la preparación de los dones?
- ¿Cuáles de los elementos, las acciones o las oraciones de la Liturgia de la Eucaristía son más significativos para ti? ¿Por qué?
- ¿Cuáles son las partes de la Plegaria Eucarística? ¿Qué significa cada parte?
- ¿Has experimentado los aspectos de comida, memorial, sacrificio y acción de gracias que tiene la Plegaria Eucarística en nuestra acción de culto?
- Al acercarte a comulgar en compañía de tus hermanos y hermanas, ¿entras en el misterio del Señor presente y resucitado en la Eucaristía? ¿Cuál es tu experiencia? ¿Cambia tu manera de vivir durante el resto de la semana?

EL RITO DE CONCLUSIÓN

Dediquen unos momentos de silencio para considerar las siguientes preguntas. Luego, compartan sus ideas.

- ¿Cuál es el propósito de la despedida? ¿Cómo comprendes tu papel de discípulo o discípula? ¿Estás ya ayudando a hacer una realidad el reino de Dios? ¿Qué te motiva a trabajar y participar en las obras de caridad y justicia?
- El Papa Juan Pablo II escribió en su Carta Apostólica, *Dies Domini* (Sobre la santificación del domingo), “la celebración eucarística no termina sólo dentro del templo”. Y también escribió que existe una “liturgia después de la Liturgia”. ¿Qué significa esto para ti?
- ¿Cómo te reta tu comunidad de fe a ser un mejor discípulo de Cristo? ¿Cómo pudiera tu comunidad de fe responder mejor a las necesidades del mundo? ¿Cuáles son las cosas concretas que nosotros, como comunidad parroquial, podemos hacer para invitarnos y motivarnos mutuamente a ser eucaristía los unos para con los otros, y también para el mundo?

REFERENCIAS

¹ 1 Corintios 11:23-25

² Juan Pablo II, *Dies Domini*

³ Lucas 24:13-35

⁴ *Primera Apología*, 66

⁵ Hechos de los Apóstoles 2:42

⁶ *Constitución sobre la Sagrada Liturgia*, 10

⁷ Juan 6:55

⁸ *La Eucaristía, fuente y cumbre de la vida eclesial*, p.29 y *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1374

⁹ Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, 1

¹⁰ Algunas fuentes disponibles para la preparación de las lecturas de la misa con anticipación son el *Magnificat*, la página Web de la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos [uscbb.org]; misales, etc.

¹¹ Anteriormente, menos de la mitad de los evangelios se proclamaban públicamente en la misa dominical, 15% del Antiguo Testamento, y 30% de las cartas de san Pablo, Hebreos, Santiago, Juan y Pedro. Hoy en día, con el nuevo Leccionario, se proclama cerca de un 95% de los cuatro evangelios, y un porcentaje aún mayor del Antiguo Testamento, de las cartas del Nuevo Testamento y del libro de la Revelación durante el ciclo de tres años. ¡Hoy, los católicos también escuchan, respetan y meditan la palabra!

¹² Por mucho tiempo me he quedado admirado del sacrificio y el desafío de las familias jóvenes que asisten a la misa los domingos. Me conmueve profundamente ver a los padres jóvenes con sus hijos pequeños entrar al templo para la misa, sabiendo como sé lo que ciertamente ha precedido a este momento – levantar a los niños, alimentarlos, vestirlos y llevarlos a la misa. Supongo que a veces no sería una exageración llamarle “heroico” a ese sacrificio de ellos. Admiro a todos y cada uno de ustedes, de cualquiera edad, para quienes el hecho de venir a la misa ya es un desafío y al cual responden con tanta generosidad.

¹³ En el acto penitencial, como implica su nombre, los fieles buscan la misericordia y el perdón de Dios por sus pecados; además de pedir perdón, los fieles alaban al Señor y le agradecen el don de la salvación. Por cierto, parte del texto usado en este rito expresa alabanza y acción de gracias.

¹⁴ *Instrucción General del Misal Romano*, 54

¹⁵ *Constitución sobre la Sagrada Liturgia*, 56

¹⁶ “Alianza” significa un contrato o promesa, que establece una relación de amor entre Dios y su pueblo. La antigua alianza fue una especie de pacto hecho entre Dios y Abrahán, y sus descendientes, mediante la cual Dios promete permanecer con su pueblo incondicionalmente para siempre. El pueblo de Israel comprendió que esta relación especial le otorgaba una relación favorable con Dios. La Nueva Alianza se estableció en la persona de Jesús, el Mesías tan esperado. Al enviar a su único Hijo para asumir nuestra naturaleza humana y experimentar nuestros retos humanos de vida y muerte, Dios renovó su alianza en Cristo y a través de él.

¹⁷ *Hebreos 4:12*

¹⁸ *Constitución sobre la Sagrada Liturgia*, 14

¹⁹ Véanse las Normas para Lectores, Diócesis de St. Petersburg (www.dioceseofstpete.org)

²⁰ Sermón, 272 citado en *THE EUCHARIST* por Robert Cabie; tomo 2 de *The Church at Prayer: An Introduction to the Liturgy*, pág. 118 (Collegeville: The Liturgical Press, 1986).

²¹ Al enfatizar este requisito esencial del sacerdote para la celebración de la Eucaristía, les invito a todos a orar y trabajar por un aumento de vocaciones al sacerdocio ministerial. Durante esta última década, en la Diócesis de St. Petersburg no hemos tenido que recurrir a prácticas como las Celebraciones Dominicales en la Ausencia de un Presbítero gracias a la generosidad de sacerdotes jubilados que asesoran nuestras parroquias y de sacerdotes extranjeros que viene de la India, Polonia, África, Centroamérica y Sudamérica; sin embargo, si no hay un aumento significativo en la diócesis de hombres que se preparen para el sacerdocio es posible que dentro de pocos años seamos una Iglesia misionera que recibe (en vez de la práctica tradicional de ser una Iglesia que *envía*) y puede que algunas parroquias tengan de vez en cuando que privarse de la celebración de la Eucaristía. Aunque trabajo lo más vigorosamente posible para animar a hombres jóvenes a que consideren el sacerdocio y a mujeres jóvenes a considerar la vida religiosa, al fin y al cabo, si los católicos desean la Eucaristía, tienen que estar dispuestos a orar y animar a sus hijos a que consideren dedicar su vida como sacerdotes al servicio de Cristo y de su Iglesia.

²² *Constitución sobre la Sagrada Liturgia*, 7

²³ *Instrucción General al Misal Romano*, 83

²⁴ Sermón, 272 citado en *THE EUCHARIST* por Robert Cabie; tomo 2 de *The Church at Prayer: An Introduction to the Liturgy*, pág. 118 (Collegeville: The Liturgical Press, 1986).

²⁵ Instrucción General del Misal Romano, 86; *La Música en el Culto Católico*, 62

²⁶ Benedict XVI, *Sacramentum Caritatis*, 48 (cf. Instrucción General del Misal Romano, 85)

²⁷ Véase las Normas para los Ministros Extraordinarios de la Sagrada Comunión, Diócesis de St. Petersburg, pp. 6-7

²⁸ Es importante recalcar que la “disposición apropiada” para recibir la Sagrada Comunión consta de un número de aspectos importantes. Estar libre de pecado mortal es un requisito necesario, así como estar bautizados dentro de la comunidad católica romana y aceptar su concomitante de la Presencia Real. Lamentablemente, a algunas personas se les prohíbe recibir la Sagrada Comunión debido a irregularidades en su matrimonio (esto es, el matrimonio de una persona bautizada efectuado fuera del sacramento del Matrimonio, tal como lo define y requiere la Iglesia). A menudo también se encuentran en esta situación las parejas de segundas nupcias, que no han recibido la anulación de su primer matrimonio. El Tribunal Eclesiástico diocesano trabaja arduamente para ayudar a que aquellas parejas que se encuentran en esta situación puedan normalizar su estado matrimonial. Les ruego a aquellas personas que no pueden recibir la Sagrada Comunión debido a este impedimento, que aprovechen este ministerio sanador que pone a su

disposición la Iglesia y la diócesis. Aunque una pareja no pueda recibir la Eucaristía, son bienvenidos a la comunidad orante.

En este momento también estoy consciente de muchas personas fieles que vienen a misa con su esposo o esposa que profesa la fe católica, pero debido al gran respeto que tenemos a la creencia en la Eucaristía, no pueden esas personas compartir la Sagrada Comunión con su esposo ni aun con sus hijos e hijas. Créanme que oro porque llegue el día en que todos seamos uno y no exista ese impedimento. Mientras tanto llega ese momento, quiero que sepan cuán bienvenidos son entre nosotros, aunque no pueden procesar con nosotros hasta el altar para recibir la Sagrada Comunión.

Finalmente, en los Estados Unidos se ha dedicado recientemente mucho tiempo y ha habido mucha discusión acerca de la situación de católicos en puestos públicos que actúan y toman posiciones directamente contrarias a la enseñanza de la Iglesia (los casos más conocidos son los de políticos católicos que votan a favor del aborto o lo apoyan con su retórica). Los católicos que han sido elegidos para ocupar un puesto político deben comprender que su fe católica no se queda en la antesala del lugar donde van a hacer su juramento. Sus acciones pueden escandalizar, y de hecho escandaliza, a la comunidad de fe que valora la santidad de la vida humana desde la concepción hasta la muerte natural. Si deciden descontar, ignorar o rechazar las enseñanzas de su Iglesia en cuanto a tales creencias centrales, no deben acercarse a la Eucaristía. No está dentro de la capacidad de otras personas negarles la Eucaristía en el altar, pero sigue siendo principalmente mi responsabilidad dialogar con ellos y animarlos a abandonar su error, y aceptar la verdad. Admiro a los católicos, hombres y mujeres, en el foro político, que abrazan los principios morales y las enseñanzas de su Iglesia.

²⁹ Imagínense que ustedes han sido invitados por el presidente de los Estados Unidos y su esposa a una cena de estado en la Casa Blanca en honor de la reina de Inglaterra. ¿Se marcharían temprano? ¿Se irían antes del presidente, la primera dama o la reina? ¡Ni soñarlo! Salir de la misa antes de que termine, antes de la bendición final, la despedida y el canto de despedida indica un menosprecio a la presencia del Señor. Les pido a aquellos que han adquirido el hábito de salir apresuradamente de la iglesia antes de que termine la misa que reconsideren esta práctica desafortunada.

³⁰ Mensaje al pueblo español durante el 1er. aniversario del 45to Congreso eucarístico en Sevilla, 5 de junio de 1994

³¹ Benedicto XVI, *Sacramentum Caritatis*, 89

³² Benedicto XVI, *Sacramentum Caritatis*, 84